

Capítulo 66 - Tapón anal

"Hic... sollozo... ¿por qué, Yue?... snfff... esposo, eres cruel."

La voz de Mei se quebró mientras intentaba enterrar su rostro entre sus manos, pero capté el modo en que sus hombros temblaban, la falsa fragilidad, el drama de una esposa malcriada enmascarando un deseo agudo y húmedo.

Sus rodillas estaban dobladas hacia su pecho, sus pechos aplastados entre sus muslos, pero la marca húmeda que se extendía entre sus piernas la delataba.

Parpadeé y la miré, tomado por sorpresa.

El alivio en el cuerpo jadeante de Feng todavía palpitaba contra mi pecho, Yue esperaba ansiosamente, sus muslos brillaban mientras asentía, pero allí estaba sentada Mei, fingiendo que la había abandonado a un lado.

Fruncí el ceño mientras me acercaba lentamente a la cama, con la mano extendida hacia ella.

Ella se estaba poniendo de mal humor de una manera tan elaborada que incluso a mí me confundió.



Mei, siempre dramática, tejiendo enredaderas de culpa alrededor de mi corazón, más fuertes que las que antes rodeaban sus pezones.

"¿Qué te pasó?", pregunté simplemente, estirando de nuevo la mano hacia adelante, con la palma hacia arriba.

Incluso yo estaba confundido por ella: ¿estaba llorando porque realmente le dolía o ya me estaba atrayendo hacia ella, haciéndome suya antes que a Yue?

Su cabello se derramó sobre su rostro mientras levantaba la cabeza, con los labios temblorosos, y susurró con los ojos demasiado húmedos, aunque brillando de lujuria: "Yo... te extrañé más".



Las palabras me impactaron, suaves pero directas, y con el rabillo del ojo capté la mueca de la boca de Yue.

Mi esposa, una guerrera de bronce, entrecerró los ojos y chasqueó la lengua con irritación antes de espetar:

¡Fue ella quien lo dijo! Esposo, no te dejes engañar. Mientras dormías, se pasó las noches susurrando que me olvidarías primero, que solo sería un sustituto hasta que volvieras a elegir sus vides.



Mei jadeó y se giró bruscamente hacia Yue con fingida sorpresa y los ojos brillantes.

¡No dije nada de eso! ¡Tú eras quien se burlaba de mí todas las noches, diciendo que era demasiado pegajosa para darte calor, que cuando mi esposo despertara, él se aburriría de mí primero!

Sus agudas palabras chocaron en la cámara de paredes de seda, sobre pechos agitados por los celos y muslos hambrientos apretados entre sí, empapando las sábanas.

Aquella pequeña e insignificante disputa mostró con toda crudeza lo enloquecedor y agotador que era hacer malabarismos con las esposas.

Belleza y veneno mezclados; amor y lujuria siempre mordiéndose uno a otro.

Suspiré suavemente y luego sonreí.

Fue difícil, sí.

Pero sabía exactamente qué hacer.

Di un paso adelante mientras Mei se giraba nuevamente para mirar fijamente, envenenando sus vides con miradas venenosas hacia Yue.



Mi mano se levantó, pero no suavemente.

Agarré su mandíbula, mis dedos se hundieron en la suave piel de sus mejillas y mi pulgar presionó su labio inferior hacia abajo.

Sus ojos se abrieron en estado de shock antes de temblar lentamente, una calidez brilló en su mirada mientras su mandíbula temblaba bajo mi agarre.

Incliné su barbilla hacia mí, apartando su mirada del rostro engreído de Yue.

Ella se quedó paralizada, sus labios se separaron en un suave jadeo y luego tembló otra vez cuando sintió mi aliento bajar por su boca.

Sus gemidos se cortaron, su cuerpo tembló como si el calor de mis labios flotara allí ya fuera demasiado para ella.

Y ella cerró los ojos.

Lentamente, deliberadamente.

Sus pestañas revolotearon y las comisuras de su boca se levantaron.



Una sonrisa tímida mezclada con cruda anticipación.

Yue chasqueó la lengua y miró hacia otro lado, con las mejillas rojas de calor y los dientes tirando de su labio mientras siseaba: "Tch. Me lo imagino. Está eligiendo a Mei primero otra vez".

Pero me incliné y besé justo más allá de la comisura de la boca de Mei, rozando su mejilla hasta que mis labios rozaron su oreja.

Ella tembló violentamente, como si el mero susurro del aire en su lóbulo la deshiciera.

—Date la vuelta —susurré en voz baja, con un gruñido autoritario—. Arréglate la falda.

Su pecho se elevó bruscamente, jadeando ante el tono que la dejó sin aliento.

Como una esposa avergonzada pero desesperada por obedecer.

"Yo..." susurró nerviosamente, pero sin dudarlo se puso a cuatro patas.

Su trasero regordete se levantó lentamente, la falda ahora enredada alrededor de su cintura mientras unas manos tímidas la agarraban, levantando la tela hacia arriba para revelar la suave crema de sus muslos abriéndose.



La luz dorada la golpeó perfectamente, con el culo hacia arriba, los labios de su coño hinchados, sus bragas transparentes por la excitación.

Su cuerpo se estremeció, avergonzado, toda su espalda temblaba roja desde la nuca hasta la cadera.

Bajó la cara hasta la almohada, ocultando la sonrisa tímida que delataba su sumisión.

"Buena chica", murmuré, deslizándome sobre la cama de seda detrás de ella.

Mi polla era de hierro, exigente, palpitante y sangrienta; quería enterrarse inmediatamente en sus resbaladizos pliegues, pero me detuve.

En lugar de eso, le pellizqué sus bragas empapadas y las bajé, lento... deliberadamente... tirándolas pulgada a pulgada sobre sus labios vaginales hinchados.

La tela se adhería lascivamente, pegajosa con sus jugos, y se desprendía con un suave ruido.

Los labios de su coño brillaban, hinchados, goteando por sus muslos: dulce y cruda sumisión en forma física.



Mei jadeó: "Es vergonzoso..."

"No es suficiente", murmuré, presionando mi dedo más abajo, no contra su coño, sino contra su estrella fruncida.

Su apretado culo virgen tembló bajo la punta de mi dedo inmediatamente, moviéndose como si nunca hubiera sido tocado.

Su cuerpo se sacudió hacia adelante, sus nalgas se sacudieron por el espasmo y su aura similar a una enredadera se agitó alrededor de sus muslos.

"¡Ahh! ¡E-esposo! ¡No... no está ahí! ¡Ese es mi... ahhn...!"

Rodeé el borde lentamente, sintiéndolo temblar, contrayéndose y relajándose con debilidad, con senderos resbaladizos que lo hacían brillar.

La punta de mi dedo presionó suavemente, sin romperla, solo haciéndola jadear, gemir y esconder su rostro más profundamente contra la almohada, mordiéndose los labios.

Yue había dejado de tocarse por completo, sus ojos verdes estaban llenos de incredulidad, ira y una nueva excitación.





La cabeza de Feng también se levantó lentamente, el sudor aún goteaba de sus pechos, la curiosidad escrita en todo su rostro mientras susurraba con voz ronca: "Esposo... ¿por qué la tocas ahí?"

Sonreí y aparté la mano.

Sin decir otra palabra, me levanté y caminé hacia el cofre de la esquina, abriéndolo.

La luz dorada iluminaba juguetes para los cuales nadie en este mundo tenía nombre.

Mi mano agarró uno en particular: un brillante tapón anal de cristal liso, con forma de lágrima y una larga y esponjosa cola de nieve adherida a su extremo.



Y a su lado, un pequeño frasco de lubricante espeso y encantado.

La habitación quedó en silencio.

Me giré y lo sostengo en alto para que los tres pudieran verlo.

Yue inclinó la cabeza, frunciendo el ceño con incredulidad y torciendo los labios.



"¿Qué... qué es eso?"

Feng parpadeó, sus labios se separaron y sus pálidas mejillas brillaron.

"Marido... ¿tiene cola...?"

Y Mei, mirando por encima del hombro mientras su cuerpo temblaba sin cesar en la misma posición, susurró entrecortadamente:

"Eso... eso no... va en el... eso no es para..."

Me senté junto a su trasero, abrí el frasco y dejé caer el lubricante brillante sobre el tapón.



Cayó rodando con una espesa humedad y reluciente.

Luego vertí un poco directamente sobre su anillo tembloroso y el líquido se deslizó hasta mezclarse con el brillo resbaladizo de su coño.

Su cuerpo se sacudió.

¡Ahhhhhh! ¡Qué frío! ¡Cielos! ¿Qué... qué estás haciendo...?



"Shhh..." Sonreí con suficiencia, presionando firmemente sus caderas con la mano. "Te estoy preparando".

La punta gorda presionó contra su ano, el lubricante se extendió por su anillo pulsante.

Ella se tensó, pequeños chillidos se apagaron en la almohada, todo su cuerpo estaba tenso.

Me giré ligeramente y la penetración empujó.

Plaf.

Su jadeo desgarró la habitación.

Fuerte, agudo.

"¡AHHHHHH! Es... iaaahh! ¡Me está estirando! ¡iiiEsposo!!!"

El tapón de cristal desapareció en su interior poco a poco, estirándola hasta que la base presionó cómodamente contra sus nalgas.

Su coño se desbordó instantáneamente y el jugo corrió por sus muslos.





Sus enredaderas latían desesperadas y salvajes; le rompían el cerebro.

Los ojos de Yue estaban muy abiertos y sus dedos estaban congelados en su clítoris.

"Marido... ¿estás en su culo...?"

Feng se aferró los pechos, con la mandíbula abierta y el rostro pálido y sonrojado.

Mei gimió guturalmente, sus caderas se sacudieron hacia atrás a pesar de las lágrimas en sus ojos.

Su coño goteaba, los jugos llenaban las sábanas mientras ella jadeaba sin aliento:

¡Aaaahn! ¡Es el agujero equivocado, esposo! Ese es mi... ¡ahhh! ¡Eso está mal!

Me incliné hacia delante y mis labios rozaron su oreja.

Mi voz era baja, firme y cargada con el gruñido de la propiedad.

"Prepáralo. Cuando termine con Yue... entraré en este mismo pequeño agujero."



En el momento en que esas palabras aterrizaron, ella se quebró.

Sus ojos se abrieron de par en par, brillando de un rojo rubor.

El solo pensamiento la detonó.

Su coño roció violentamente, un chorro caliente brotó mientras ella gritaba ahogada en la almohada.

Ella vino—fuerte.

Culo arriba, caderas espasmódicas, jugos empapando la seda.

Una esposa con la falda alborotada, usando un tapón en la cola, la cara enterrada y gimiendo ásperamente entre las sábanas como una zorra preñada.

La habitación quedó en silencio, llena únicamente por el sonido del líquido goteando y sus sollozos entrecortados.

Yue tembló visiblemente, sus ojos verdes ardían, sus labios se separaron pero no pronunció ninguna palabra.

Feng tembló y se sonrojó mientras miraba boquiabierta.



Y Mei, todavía temblando como un animal, se echó hacia atrás, con el culo temblando y la cola moviéndose, su coño todavía goteando a chorros, gimiendo en la almohada.

El silencio rugió más fuerte que las palabras mismas.

Sonreí con suficiencia.

"¿Ves? Incluso tu cuerpo sabe dónde perteneces... prepárate, porque podría volverme adicto a golpear este agujero."

Sus caderas se arquearon de nuevo, apretándose aún más alrededor del tapón, otro chorro de agua rompió el silencio.

"Aaanggg—mnnhhhh— Chorro ."

